

CRONICA

Los derechos humanos en la era espacial

«La verdadera fuente de los derechos es el deber. Si todos cumplimos con nuestros deberes será fácil hacer que se respeten nuestros derechos. Pero si al mismo tiempo que descuidamos nuestros deberes reivindicamos nuestros derechos, éstos se nos irán de las manos, y a la manera del fuego fatuo, cuanto más los persigamos, más lejos los veremos de nosotros.»

Mahatma Gandhi

Acaba de finalizar 1968, el año que la Asamblea General de las Naciones Unidas designó "Año Internacional de los Derechos Humanos", por coincidir con el veinte aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Y ha empezado 1969, el año que va a ser conocido como "Año Internacional de la Justicia Social". En este año 1969 se cumplen el quincuagésimo aniversario de la fundación de la Organización Internacional del Trabajo y el vigésimo quinto aniversario de la Declaración de Filadelfia. Basándonos en este maridaje entre justicia social y derechos humanos, con base en el ya finalizado Año de los Derechos Humanos y Año de la Justicia Social que acaba de empezar, nos ha parecido oportuno substituir nuestra habitual crónica trimestral por una visión panorámica de la situación social del mundo desde estos ángulos de la justicia y de los derechos humanos.

Siguiendo los pasos de la Unesco, y recogiendo de ella numerosos datos, así como de la O.I.T. y las Naciones Unidas y diversas organizaciones internacionales dependientes de ellas, pretendemos bosquejar una realidad asombrosa, casi increíble si no existieran cifras exactas, de los tres mil quinientos millones de habitantes que pueblan hoy la Tierra. En los umbrales de una ciencia espacial desconocida, y de conocimientos insospechados derivados de las constantes investigaciones, y a miles de años de las formas primitivas de vida humana, podíamos pensar que la situación de los habitantes de nuestro planeta debía ser halagüeña y próspera. La realidad, sin embargo, constatada por frecuentes estudios enfocados desde todos los ángulos posibles, es muy distinta.

Los derechos del hombre son muchos, tantos como deseos racionales y necesidades. Pero hay algunos más importantes que otros, sin los cuales no puede una persona seguir ostentando el calificativo de animal racional. Digamos, siguiendo las normas de la Declaración Universal, que los derechos pueden dividirse en civiles y políticos tradicionales, económicos, sociales y culturales. Los primeros figuraron en la mente de los hombres desde los lejanos años de la prehistoria, aunque han ido evolucionando de la mano de las ideas políticas y adaptándose a las diversas formas de democracia o totalitarismo.

Los derechos que catalogamos en el grupo de los sociales, económicos y culturales se localizan en la historia de la humanidad en fechas relativamente cercanas. Nacieron cuando los ciudadanos se dieron cuenta de que muchos derechos civiles y políticos no tenían valor si carecían de estos otros derechos.

Por enumerar algunos de los derechos catalogados en el primer grupo, digamos, aunque están en la mente de todos, que el hombre tiene derecho a la vida, a la libertad, y a la seguridad de su persona. También a ser igual ante la ley, a ser juzgado imparcialmente, a no sufrir esclavitud, a tener vida privada, familia y hogar. A disfrutar de una libertad de pensamiento, de conciencia y de religión. Libertad de reunión, de expresión y de opinión, a participar en el gobierno del país y acceder a cargos públicos.

Entre los derechos encuadrados en el segundo grupo, subrayemos el derecho a trabajar, a descansar y a un nivel de vida digno. A escoger libremente la profesión y la ocupación, a mantener unas condiciones justas de trabajo y a ser protegido contra el desempleo. Derecho a la vida cultural, tan importante, en su doble vertiente de participación en la vida cultural de la comunidad y en el necesario acceso a la educación.

Si estos derechos son tan fundamentales, y si aparentemente no es fácil argumentar razones de peso para rechazarlos, ¿por qué las Naciones Unidas no van más allá de la Declaración Universal y tratan de que estos derechos se conviertan en ley? Esta misma pregunta se la hacen las Naciones Unidas en libro editado con motivo del vigésimo aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. La contestación, por otra parte, es fruto de una situación de la que no es responsable el organismo internacional, y se resume en las líneas siguientes:

Hay dos Pactos de Derechos Humanos redactados: el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales y el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos. Ambos fueron aprobados por unanimidad en la Asamblea General de las Naciones Unidas celebrada el 16 de diciembre de 1966. Pero cada Pacto no entrará en vigor hasta que existan, al menos, 35 ratificaciones o adhesiones. En el caso del Protocolo Facultativo del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, se requieren 10 ratificaciones o adhesiones. Para darse una idea de la situación actual de tales Pactos, digamos que, aproximadamente, sólo unos 20 países han firmado el Pacto de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, otros 20 el de Derechos Civiles y Políticos, y unos 10 el Protocolo. En términos generales, podíamos pensar que si tales derechos son tan importantes para el hombre, todos los países se debían haber apresurado a firmarlos y a desarrollarlos en sus respectivos territorios, pero la verdad es muy otra. Es cierto que, algunos de ellos, suponen un montaje en ocasiones imposible para muchos países, sobre todo para los más pobres. Porque es fácil admitir la libertad de pensamiento en los ciudadanos, por ejemplo, pero no lo es tanto el acceso a la educación, porque para que

realmente sea reconocido tiene que ser puesto en práctica, y para ello hacen falta escuelas, maestros y sistemas de enseñanza.

Pero echemos un vistazo a la población mundial, la protagonista de los derechos humanos que no se extienden porque los hombres no quieren extenderlos. El exceso demográfico, junto a la creciente migración a las ciudades y a zonas de chabolas, y el desempleo, son los tres males inmediatos del subdesarrollo, derivado precisamente de la falta de alcance de los derechos Civiles y Políticos y de los Sociales, Económicos y Culturales.

Explosión demográfica

Desde que a finales del siglo XVII Thomas Robert Malthus quiso demostrar que la pobreza de las masas era consecuencia del instinto de reproducción del hombre y no de los sistemas económicos o políticos, la ciencia de la demografía se ha ido perfeccionando hasta encontrarse con la verdadera solución a la incógnita principal: en la Tierra somos muchos, cada día más, pero hay riquezas sin explotar, y las que se explotan se reparten muy mal. El problema surge ahora al preguntarnos hasta cuándo tendremos en la Tierra posibilidades de alimentar a una masa cada día más creciente de bocas. En un estudio realizado sobre la población del mundo, la Unesco ha dicho que si la primera pareja humana hubiera nacido en nuestra era y si la población del mundo hubiera desarrollado el ritmo actual de crecimiento (que se dobla en número cada 40 años), la población total de la humanidad sería 250.000 veces superior a la actual, y una ciudad como París tendría un billón quinientos mil millones de habitantes. Y un país como el Japón tendría 25 billones de habitantes, o sea, 65 personas por cada metro cuadrado.

Si los tres mil quinientos millones de personas que hoy somos no nos indica nada en cuanto a su cifra, digamos que en la humanidad tradicional de cada mil niños nacidos vivos solamente llegaban a la edad de casarse entre 430 y 440, mientras que en un futuro inmediato la cifra será de unos 985... En esa misma humanidad tradicional, un joven que alcanzaba los 14 años veía morir al primero de sus padres, y en un futuro inmediato no asistirá a esta triste pérdida hasta que alcance los 55 años. Hasta no hace muchos años, los padres morían incluso antes de completar la educación de sus hijos, y en un futuro inmediato un matrimonio normal sobrevivirá en 20 o 25 años al casamiento de su hijo más joven. El descenso de la mortandad y el general progreso de la medicina nos ha llevado hasta ahora al redoblamiento de la humanidad cada 40 años, pero según los cálculos actuales.

La explosión demográfica y la consiguiente huida del campo hacia la ciudad ha hecho variar considerablemente el panorama de las urbes de todo el mundo. Hace solamente 20 años había en el globo 30 ciudades con más de un millón de habitantes. Hoy, esa cifra se eleva a 80. Este crecimiento multiplicador queda definido convenientemente si decimos, según datos de la Unesco, que cada segundo nacen en el mundo dos niños. Por eso ha sido posible que en sólo 20 años la ciudad de Caracas haya quintuplicado su población, que El Cairo haya pasado de dos millones a más de tres millones y medio y que Bogotá haya pasado de sólo 648.000 almas a más de 1.680.000.

En este baile inaudito del crecimiento mundial, América Latina sigue ostentando el índice de mayor natalidad, con un 2,8 por 100 de su población. Le sigue en importancia África, con 2,5 por 100; Asia Meridional,

con 2,4 por 100; Oceanía, con 2,2; Asia del Este, con 1,4, y América del Norte y la URSS, con 1,6. La tasa de natalidad en Europa se mantiene alrededor del 0,9 por 100. No hace falta subrayar que precisamente las zonas más pobres y subdesarrolladas son las que mantienen el mayor índice de natalidad. En cuanto a zonas o países concretos, Malí ostenta la cabeza de la lista mundial por el mayor índice de crecimiento de su población. Según los datos de la Unesco, en los últimos años ha registrado una tasa de natalidad calculada en el 6,2 por 100. Le sigue en importancia El Salvador, con 4,68, y México, con 4,51 por 100.

A la vista de los índices de crecimiento, y contra lo que podía pensarse, el mayor número de matrimonios se da actualmente en Europa y en la Unión Soviética. De 150 países, un 50 por 100 señala un claro síntoma de disminución en el índice de casamientos. Por su parte, el número de divorcios varía entre el 2 y el 10 por 100 por cada 5.000 habitantes en la mayor parte de los países europeos. En los Estados Unidos la proporción es de 11 divorcios por cada 5.000 habitantes, y en América del Sur solamente uno o dos por cada 5.000 habitantes y año.

Para dejar dibujada en toda su extensión la panorámica de la población mundial, hace falta decir que a principio de la década del 60 un cuarto de la población mundial de entonces vivía en ciudades de más de 20.000 habitantes. Según el Anuario Demográfico de las Naciones Unidas, en los últimos diez años la población urbana ha aumentado en un 35 por 100 en casi todos los países, y en algunos bastante más. Antes de los griegos y de los romanos, las ciudades de más de 100.000 habitantes prácticamente se desconocían. En 1800, la Tierra tenía unos 900 millones de personas y solamente unos 15 millones vivían en ciudades de más de 100.000 habitantes. Desde 1800 a 1950, la población mundial, siempre según datos de la Unesco, se ha multiplicado por 2,6, pero la población de las ciudades de más de 5.000 habitantes se ha multiplicado por 25, y por 20 la de las ciudades de más de 100.000 habitantes.

Por último, para reflejar en toda su exactitud la situación actual de la población del mundo, hagamos una referencia rápida a la edad de esta población. Se calcula que nunca el mundo ha tenido una edad global más joven que la actual. La proporción de jóvenes de menos de 25 años se calcula en el 50 por 100 del total de población, y en algunos países esta cifra alcanza hasta el 60 por 100. De cara al mañana de problemas y esperanzas, y de cara a la consecución de los derechos de los hombres, más sentidos y reivindicados por la juventud porque aún no se ha acostumbrado a someterse ante los demás ni a someter a los demás, digamos que, de los mil millones de personas que tienen ahora en el mundo menos de 25 años, unos 900 millones pertenecen a los países subdesarrollados. Es decir, y para matizarlo muy claramente, pertenecen a una sociedad donde tanto los derechos civiles y políticos como los sociales, económicos y culturales hace más falta que lleguen a realizarse. Es como decir que una fuerza latente, al borde de la explosión, cuenta con casi la tercera parte de la humanidad. Unos 200 millones de estos jóvenes viven en Europa y América del Norte, otros 103 millones en África, 89 en América Latina y 700 en Asia.

El hambre

Digamos, antes que nada, según los datos de la F.A.O., que mientras 1.500 millones de seres están al borde de la enfermedad o de la muerte por causa del hambre, otros 200 millones se encuentran en las mismas circunstancias, pero debido al exceso de alimentación.

En un estudio realizado por U Than de la situación mundial en los primeros años de la década del 60, se demostró que los países desarrollados habían aumentado en casi 100 dólares su renta "per capita" en un par de años, mientras que esta misma renta en los países subdesarrollados solamente aumentó en unos 5 dólares. También, según datos de U Than, se puso de manifiesto que, mientras en Europa y América del Norte cada persona consume por término medio unas 3.000 calorías y 80-90 gramos de proteínas al día, estas mismas cifras quedan reducidas a niveles increíbles en otras muchas partes del globo. Y por si fuera poco, el nivel sanitario guarda las mismas diferencias. Mientras que en Europa, América del Norte y la URSS se puede calcular que existe un médico por cada 1.000 habitantes, en la India sólo existe uno por cada 6.000; en Afganistán, uno por cada 32.000; en Malí, uno por cada 39.000, y en Etiopía, uno por cada 96.000.

Digamos también que más de 1.000 millones de personas se alimentan casi exclusivamente de arroz, y que si les faltara este alimento morirían irremisiblemente. Por eso, en los grandes períodos de sequía, poblaciones como la India se ven asoladas por la enfermedad, la miseria y la muerte.

Según datos de la F.A.O., solamente el 10 por 100 de las tierras cultivables se siembran regularmente, es decir, unos 15 millones de kilómetros cuadrados. La mitad de la población humana, unos 1.750 millones de personas, viven de la tierra, y el 65 por 100 de ellos están localizados en el Extremo Oriente. Los campesinos representan el 35 por 100 de la población de la Unión Soviética, el 25 de Europa, el 50 de América Latina, el 70 de Africa, el 60 del Cercano Oriente, el 65 del Extremo Oriente y el 10 por 100 en América del Norte y Oceanía.

La cultura

¿Y la cultura? Hemos visto que los Derechos Civiles y Políticos no pueden considerarse implantados en un mundo donde el hambre y las condiciones de vida son infrahumanas. Ese complemento indispensable de los Derechos Sociales y Económicos no se da en la medida deseada en nuestro mundo. ¿Qué pasa con ese otro complemento, el cultural?

Llevados de nuevo de la mano de la Unesco, nos enteramos que el 44 por 100 de la población adulta del mundo es analfabeta. El dato es de por sí elocuente para añadir sobre él otras consideraciones, pero las reflejamos para completar la visión desde todos los puntos de vista. Los cálculos anunciados para un futuro no muy lejano son realmente alarmantes en el terreno de la enseñanza. En el año 2000, momento en que la Tierra tendrá 7.000 millones de seres, harán falta 60 millones de maestros para poder dar instrucción a todos los niños de edades comprendidas entre los tres y los 14 años (más de 2.000 millones), contando con un promedio de 35 alumnos por clase. Para reflejar la diferencia entre esta cifra necesaria de maestros y la que existe actualmente, digamos que en el año 1963 había en todo el mundo solamente unos 10 millones de profesionales en esta materia. En 1970, Africa, Asia y América Latina se encontrarán con 52 millones de niños para escolarizar más de los que tenían en 1966, para lo cual deberán contar con un problemático aumento de 850.000 maestros.

Hoy existen en el mundo unos 140 millones de aparatos de radio, base elemental de gran parte de la escasa formación que recibe ese 44 por 100 de población adulta analfabeta.

Este es el balance, triste pero real, de una humanidad que está a pun-

to de pisar la luna y de continuar la investigación en otros puntos del espacio sideral, que lleva millones de años sobre la Tierra, y que tiene en sus manos los elementos necesarios y adecuados para desterrar el hambre, la incultura y el sufrimiento. Y esta es la humanidad que no parece darse cuenta de esos medios, a pesar de los constantes toques de atención de la F.A.O., de las Naciones Unidas, de la Unesco y de la Organización Mundial de la Salud. Lo quiera o no la humanidad, nunca como hoy ha necesitado más de la unión y de la cooperación internacional para desterrar todas las lacras actuales de la Tierra y para mantener un concepto uniforme en la salida al espacio infinito que rodea a nuestro pequeño planeta. Por eso, para finalizar con una veta de esperanza este trabajo, hay que remontarse al espíritu que fomentó el nacimiento de las Naciones Unidas.

En su Acta Constitutiva, las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, representadas por sus gobiernos, declararon en aquella fecha memorable: "Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz. Puesto que, en el curso de la historia, la incomprensión mutua de los pueblos ha sido motivo de desconfianza y recelo entre las naciones, y causa de que sus desacuerdos hayan degenerado en guerra con harta frecuencia..., la Organización se propone contribuir a la paz y a la seguridad estrechando, mediante la educación, la ciencia y la cultura, la colaboración entre las naciones, a fin de asegurar el respeto universal a la justicia, a la ley, a los derechos humanos y a las libertades fundamentales que, sin distinción de raza, sexo, idioma o religión, la Carta de las Naciones Unidas reconoce a todos los pueblos del mundo."

Si tenemos, pues, medios suficientes para llevar a todos los hombres la paz y el pan, y si existe un acuerdo internacional aceptado por todas las naciones, en teoría, para laborar por la paz y el desarrollo, ¿por qué este retraso incomprensible a escala internacional? ¿Por qué se sigue empleando más dinero en armamentos que en educación? ¿Por qué unos países son cada día más ricos y otros cada día más pobres si puede llegarse a una colaboración entre todos? La respuesta, creemos, está en la conciencia de cada uno de los 3.500 millones de seres que poblamos nuestro planeta. Sobre todo, en el corazón y en la conciencia de cuantos tenemos la dicha de saber leer, de comer todos los días y considerarnos libres de la miseria, de la esclavitud y de la ignorancia.

EUGENIO A. FEIJOO